

LA MAGDALENA DE PRUSÓ

Seudónimo: Severiano Prusó

Sopesó mi manuscrito como si fuera un solomillo y lo abrió por la mitad, dejándolo encima de la mesa. Se había presentado como Severiano Prusó y me quedé dándole vueltas a ese apellido tan rotundo, Prusó, mientras contemplaba sus dedos aceitosos. Desde niño me ha fascinado la onomástica, todo lo relativo al origen de los nombres y los apellidos. Así que no me pude resistir y le pregunté. Prusó se rascó la barbilla y trató de dar a sus palabras cierto tono de vaguedad:

—Dicen que deriva de prusiano; ya sabe que en tiempos de Carlos III se echó mano de colonos alemanes para repoblar Sierra Morena. También podría venir del polaco *prusów*, que viene a ser lo mismo: natural de Prusia. Así que algo de sangre teutona corre por mis venas— concluyó, con una risa estentórea, casi un hipo.

Me fijé con incredulidad en su piel achocolatada y el perfil espeso de sus cejas. De alemán tenía bien poco. Prusó me miró muy serio y pasó un par de páginas casi espantándolas, haciendo un gesto con la boca.

—Si quiere puede llevárselo y leerlo con más calma—articulé.

Había revisado la novela siguiendo las indicaciones de la editorial, porque después de enviarles el manuscrito, me contestaron a los seis meses diciendo que tenían interés. Había un hueco en el mercado y se podría vender. Incluso sugirieron de forma velada pactar un premio de postín para facilitar su despegue en las librerías. Con las novelas hay que tener olfato, cierta intuición comercial. Y aunque nadie es infalible, Prusó tenía fama de ser un perro trufero, un lector inteligente capaz dar con lo vendible por muy soterrado que estuviese. Eso me dijeron. Así que redacté una nueva versión y ya la tenía preparada para el correo cuando la secretaria me llamó proponiéndome una cita, un encuentro personal con el sabueso.

—El jefe leyó el original y quiere cerciorarse de que ha tenido en cuenta los cambios propuestos. Además, desea conocerle en persona.

Bien, pues allí estábamos. Prusó abandonó la lectura y mirando por encima de mi cabeza, estiró el cuello hasta divisar a un camarero. Chistó y una sombra negra tomó nota.

—Magdalenas y un café con leche, por favor—luego se dirigió a mí—
¿Quiere algo?

Me vi en una encrucijada, porque el café me provoca retortijones y era tal el silencio que no quería violentarlo. Dudaba también si pedir un refresco, por parecerme infantil y una cerveza mancharía la mesa, allí las servían con el vaso muy frío, pura escarcha y al final me decidí por un pacharán, para calentarme el gaznate y calmar las tripas. Prusó hizo un gesto con la cabeza, no sé si de reprobación por mi alcoholismo; hoy día se hace la vista gorda con los quinceañeros que hacen botellón y mezclan vodka, ron y ginebra en el mismo vaso y se censura al adulto maduro y bebedor. Seguro que ese editor endomingado, con ínfulas de junker prusiano desconocía el olor a copa castellana; dudo que se hubiera criado como yo, con las gárgaras del vaporizador de leche de la máquina de café, con la telilla de nata reseca en la punta, el ruido de la tragaperras y las toses del cigarrillo mañanero, sinfonía perfeccionada a lo largo de décadas en tantos y tantos bares de barrio.

Uno de esos bares, verdaderos templos de la clase obrera varonil, servía de escenario en lo que estaba a punto de ser mi primer éxito, capítulo siete, página sesenta: el bar donde acompañaba a mi padre arrastrando los pies, cuando empecé a trabajar en la obra a los dieciséis años. El olor a pan tostado y polvo de cemento. El cieno de servilletas, sobres de azúcar y colillas que el camarero barría cuando el local se vaciaba a las ocho menos cinco. Pero para qué seguir, está descrito a la perfección, capítulo siete, página sesenta. En aquel bar nadie me hubiera mirado levantando las cejas por pedir un pacharán. Si lo sé pido un sol y sombra y un Farias, solo para mojar la punta y tener algo entre los dientes, porque hoy día no se puede fumar en los bares. En cambio, en mi —futura— gran novela los personajes fuman a todas horas, escupen la punta del puro o le clavan un palillo o sacan un cigarro del paquete de Fortuna, golpeando la punta con el dorso de la mano antes de encenderlo. Seguro que ni lo ha leído y acabará ofreciéndome alguna minucia, una tirada limitada, solo

por si las moscas, para no perder el caballo aunque sus posibilidades de ganar la carrera sean ínfimas. Los ejemplares devueltos por las librerías acabarán en la destructora de papel. La idea me hace temblar, ver mi novela arrinconada, pasto del polvo, rechazada para el servicio como un recluta con los pies planos. Pienso que estoy perdiendo el tiempo, ¿me tendrá allí delante de él una o dos horas, mientras hace una lectura en diagonal de mi historia, fijándose en si he seguido sus “indicaciones”? ¿Por qué no lo ha hecho en la comodidad de su despacho? Allí tendrá asientos de napa y aire acondicionado, una pista de mini golf para calmar los nervios. Incluso ¿qué mejor que leer en la cama, con un vaso de leche al lado, antes de acostarse, con la almohada doblada contra el somier para no destrozarse las cervicales? Este Prusó quiere verme sufrir.

Agité el hielo del pacharán para que se enfriera y me volvió a mirar mal. Así que paré y di un sorbo silencioso. Prusó también se detuvo, rompió el sobre del azúcar y lo vertió sobre el café. Sobre esto no hace falta dar tanto detalle. Se presupone. Como escritor me gusta economizar con las palabras, no hay porqué contarlo todo, aunque en las indicaciones de la editorial me pidieron chicha: más páginas, esto en la estantería ni se ve, te comen, te sepultan, lo has dejado en los huesos, altura, anchura y sobre todo grosor, al mercado le espanta la anorexia.

Prusó partió con ceremonia su magdalena, como si consagrara el pan de la misa y siguió leyendo con un pedazo en la mano. La masa, amarilla y casi hueca, colgaba rozando la superficie de leche de la taza.

Pasaron los minutos. Prusó seguía petrificado y yo no podía dejar de mirar la magdalena, pendiendo de la pinza de sus dedos y los alveolos de la masa parecían dilatarse, buscando con avidez el baño de leche. De repente, una parte se disgregó por efecto de la gravedad o quizá Prusó había ejercido una leve presión sobre la magdalena, deshaciéndola sin querer. El fragmento se fue desgajando, estaba abocado a sumergirse, a darse un chapuzón en la leche ya tibia. Al caer, apenas levantó un par de gotas, que impactaron en mi manuscrito. Prusó lo limpió con la servilleta y se echó el resto de la magdalena a la boca. Con la cuchara sacó la parte mutilada, tumefacta, y la sorbió.

Después cogió la segunda magdalena. La masa colgaba de nuevo sobre la leche, sedienta. Apuré el pacherán y arrastré la silla hacia atrás.

—Con su permiso, voy a fumarme un cigarrillo.

Prusó asintió con la cabeza:

—Proceda. Enseguida acabo.

Fuera caían algunas gotas. El cigarrillo me duró tres caladas, tres caladas prolongadas, de las que saltaban láminas de ceniza como chispas de una radial. Capítulo diez. El edificio en construcción. El cuerpo tendido boca abajo, sobre un charco de sangre. Convencional, por eso les gustó: a día de hoy, el lector no está para vanguardismos. Un crimen y su resolución, son el Santo Grial de la novela negra.

Cuando entré de nuevo en la cafetería, Prusó pasaba el dedo índice sobre la pantalla de su móvil. Mi manuscrito permanecía abierto, convertido en un cómodo tapete. Por increíble que parezca, la magdalena seguía entre sus dedos. Seguro que el aire seco de la calefacción la había petrificado y ya era más piedra pómez que pieza de bollería. Imaginé que Prusó le daba un mordisco y se le caían los dientes. Hizo un amago, como una finta y parecía que iba a hundirla en la leche, por fin, pero se la llevó a la boca, sin mojar. Luego sorbió un poco de café y apartó el teléfono, retomando la lectura.

— ¿Le apetece otra magdalena?

No pude resistirme. Prusó frunció el ceño:

—Esto está muy bien, amigo. Mi secretaria le enviará unas últimas precisiones antes de pasar a la fase de corrección y maquetación.

Tendió su mano huesuda, de sirio del desierto y la apreté con ilusión y ganas, amarrando sus falanges como un cascanueces, por lo que me soltó con rapidez. Me quedé en la cafetería. Llamé al camarero y pedí un café con leche y dos magdalenas y en cuanto las tuve encima de la mesa mojé la primera y la metí de una vez en la boca y luego la otra, hasta que se me saltaron las lágrimas.